

Hasta su muerte, Las Casas tuvo el privilegio de poder publicar prácticamente todo lo que quiso. Su influencia en la Corte fue enorme; tan grande, que impidió publicar tratados de sus enemigos. El más importante de ellos, Ginés de Sepúlveda, tuvo que publicar sus alegatos en Roma.

Las Casas era un espíritu volcánico, arrojado y poco dado a síntesis, cuyas ideas prácticas sobre cómo llevar a cabo la conquista fracasaron. Sus teorías fueron por delante de las posibilidades históricas. Por eso, aunque avanzado pensador, fue un mal realizador. Soñaba con utópicas comunidades donde los indios aprendieron las enseñanzas cristianas y a su vez los españoles —corrompidos por la civilización— pudieran adquirir las mejores cualidades del «buen salvaje».

Cuando se malogra su expedición a Cumaná, Las Casas reacciona muy a lo español de su tiempo: decide hacerse fraile dominico y retirarse a un convento en Santo Domingo. Allí maduró sus ideas de fondo teocrático pero positivas para el indio. El pensamiento lascasiano, polémico y vehemente, tiene su expresión léxica en el uso reiterado del superlativo. Es hiperbólico. Para el obispo de Chiapas, los españoles son «como lobos y tigres y leones crudelísimos de muchos días hambrientos».

Estudiar y profundizar los hechos de la conquista y colonización americana debería ser casi un deber de auto-identificación para los españoles. La aventura del Nuevo Mundo es nuestra principal clave histórica.

La ocupación de las Indias trajo consigo problemas inéditos a un Estado español recién abierto a la modernidad. Como es lógico, el Estado pretende asegurarse los nuevos territorios, y para conseguirlos, y para conseguirlos (el espíritu separatista feudal no estaba todavía lejos) necesita el apoyo de la oligarquía terrateniente descen-

diente de los conquistadores, que a su vez precisa de la mano de obra india para cultivar la tierra. El dilema que se le plantea al poder peninsular es: ¿cómo salvar al indio de la servidumbre y la destrucción sin perder el apoyo de la oligarquía criolla? A estas alturas parece indiscutible que las ideas estatales fueron de protección al amerindio, pero la Corona sólo pudo fortalecer su autoridad nominal en tan lejanas tierras perdiendo parte de ella en la práctica. Es decir, haciendo con frecuencia oídos sordos a desafueros y desmanes. La famosa frase: «Se obedeció, pero no se cumplió» es toda una guía práctica de política criollista. Contra ese capítulo de fechorías que acompaña a la conquista truenan Las Casas en la «Brevisima relación de la destrucción de las Indias», que fue inmediatamente traducida y divulgada en los países rivales del Imperio de los Habsburgo. Una de las últimas ediciones de este libro se hizo en 1898 en Nueva York, como parte de la campaña de los jingoístas yanquis para apropiarse de los restos del Imperio colonial español. Debe darse por supuesto que los escrúpulos hipocritas de otras naciones sobre la conquista hispana en América no iban contra el colonialismo, sino contra la potencia España. A España no se la atacó por lo que hizo, sino por lo que era. Las imágenes de los españoles asando sádicamente indios o ensartando niños con su espada eran, en definitiva, propaganda bélica.

Desde Estados Unidos al cabo de Hornos, la empresa española estuvo imbuida de un poderoso aliento teocrático y mesiánico. El soldado y el fraile iban juntos, y muchas veces el segundo llegó antes que el primero. Un reciente libro de Alianza Editorial, «Idea y querrela de la Nueva España», prologado por Ramón Xirau, nos ofrece una brevisima síntesis de la problemática que se planteó a la primera colonización de frailes gene-

nizadores en el Méjico recién conquistado. A través de un compendio de escritos de siete autores: Las Casas, Fray Toribio de Benavente, Fray Julián Garcés, Fray Juan de Zumárraga, Vasco de Quiroga, Fray Bernardino de Sahagún y Francisco Cervantes de Salazar, se intenta dar al lector una panorámica del pensamiento humanista hispano en Nueva España. «Antes de que lo declararan las Constituciones modernas —observa Xirau en su prólogo—, los misioneros españoles y los teólogos de España afirmaban la igualdad de todos los hombres y, lo que es más importante, la libertad natural de los hombres todos».

Cualquiera de los nombres que integran la selección citada daría tema para una magnífica y apretada biografía, cual solía ser la de los españoles que se traspantaban a América en el siglo XVI. Cada uno de ellos era un «humanista práctico». Su pensamiento estaba ligado a su actividad.

Fray Toribio de Benavente, a quien se conoce como «Motolinía», que en lengua tlaxcalteca significa «pobre», fue un franciscano de gran cultura y honestidad a toda prueba. Aunque defensor de los indios, es, sin embargo, enemigo de Las Casas, al que critica severamente sus actos y sus escritos. Su prosa es de una sencillez y claridad antológicas. Fray Julián Garcés, aragonés, discípulo de Nebrija, que influyó en la bula papal que declaraba a los indios «capaces de la fe», por ser criaturas racionales. Fray Juan de Zumárraga, el arzobispo influenciado por Erasmo que fundó la Universidad de Méjico y llevó a ese país la primera imprenta. Vasco de Quiroga, primer obispo de Michoacán, hombre de Audiencia y fundador de pueblos. Fray Bernardino de Sahagún, que llegó a dominar las lenguas indígenas y recopiló, de fuentes directas, inestimable material en náhuatl y en castellano sobre la conquista y las culturas indias precolombinas.

En cuanto a Francisco Cervantes de Salazar, discípulo de Vives, secretario de cardenales y maestro de retórica, fue uno de los mejores exponentes del genio español de la época. Gran parte de su «Crónica de Nueva España» estuvo perdida en los archivos de la Península hasta principios del siglo XX. Su diálogo sobre la «Universidad de Méjico» está considerado una pequeña obra maestra de la literatura hispanoamericana en el siglo XVI. ■ FERNANDO MARTINEZ.

Reencuentro con Enrique Díez Canedo

Una de las editoriales de más prestigio que cuenta hoy México, sin duda, la de Joaquín Moritz. Allí publican los autores nacionales más combativos y allí dejó Max Aub sus dolorosos testimonios del exilio. Yo ya sabía que Joaquín era el hijo de Enrique Díez Canedo, importante crítico teatral español llegado a México entre los que perdieron nuestra última guerra civil. Y sabía también —tengo en casa los cuatro tomos de «El teatro español de 1914 a 1936» desde su publicación— que Joaquín era el editor de los artículos de crítica teatral de su padre.

Hablar en México con el hijo de Díez Canedo —al otro lado de la mesa, ayudándole en el coite de unas pruebas, estaba Bernardo Giner de los Ríos, otro apellido «histórico»— ha sido una especie de recordatorio de algo que el teatro español de nuestros días debe, en el campo de la crítica, proponerse: recobrar la obra de quien fuera nuestro más sólido crítico teatral de la preguerra.

Díez Canedo inició sus trabajos de crítica teatral en «El Globo», en 1908. De 1915 a 1924 alteró en la revista «España» el comentario literario, que firmaba con su nombre, y el teatral, que suscribía con el seudónimo de «Critilo». En «El Sol» estuvo hasta el 33, y en «La Voz», del 34 al 36. Díez Canedo pasó varias tempora-

días en América ocupando la representación diplomática de la República Española en Argentina y Uruguay. Publicó asiduamente en diversos periódicos de este continente, y cuando el exilio le obligó a cruzar definitivamente el

servir de ejemplo— que el crítico se deja arrastrar más de una vez por la fuerte proyección de determinados autores de éxito. Cosa, al fin y al cabo, perfectamente comprensible, por cuanto el público es un elemento fundamental del



Atlántico, no tuvo problema alguno para ejercer la crítica teatral en el mejor y más liberal de los diarios mexicanos —el «Excelsior»—, ni para dictar varios cursos en la Universidad Nacional. Díez Canedo murió en México, en 1944, cumpliendo el destino de tantos españoles que para bien de la cultura de América Latina y mal de la nuestra, se transferraron en el 39.

Los trabajos de Díez Canedo aparecen clasificados en cinco apartados: «Jacinto Benavente y el teatro desde los comienzos de siglo», «El teatro poético», «El teatro cómico» (estos dos últimos, ocupando el segundo de los cuatro volúmenes publicados), «La tradición inmediata» y «Elementos de renovación».

Creo que, con mucho, es el último volumen el que merece una mayor atención contemporánea. Se diría —y los elogios a Marquina podrían

hecho teatral y ciertas conexiones hoy perdidas entre determinados autores y la sociedad española de su tiempo— el caso más notable de esta un día vigorosa conexión, hoy reducida a términos mínimos, podría ser el de Benavente— explicarían valoraciones que en la actualidad son anacrónicas. En este punto, yo creo que la crítica teatral de cualquier época debe ser contemplada como un elemento más de la época, destruyendo la falsa imagen de su «objetividad», de la intemporalidad de su juicio. El crítico es, simplemente, un eslabón más, y es desde su condicionamiento general por la época desde donde juzga y ha de conquistar sus márgenes de clarividencia.

Díez Canedo —que, por lo demás, fustigó a una serie de autores mediocres, celebrados por los sectores menos exigentes de su época—, donde agota esos hi-

ZYX/sa

ULTIMAS NOVEDADES

EL NUEVO SINDICALISMO

K. COATES y T. TOPHAM

125 pesetas

(Control obrero)

Estudio de las nuevas formas que adopta la lucha sindical, de candente actualidad, en el movimiento obrero inglés, y cuya expresión más adecuada corresponde al Control Obrero.

LOS ESPAÑOLES Y LA REFORMA DE LA EMPRESA

V. PEREZ SABADA

50 pesetas

Un libro valiente, revelador del entramado social, político y económico que confiere a la España actual su compleja significación.

EDUCACION LIBERADORA

P. FREIRE y HERMANOS FIORI

30 pesetas

Exposición de la teoría del conocimiento como praxis vital y crítica de la concepción bancaria de la educación.

LA CRISIS DEL PETROLEO

M. PECCELLI

30 pesetas

La guerra árabe-israelí ha desencadenado fuerzas convulsivas que han dado al traste con el «establishment» internacional. ¿Quiénes son los beneficiarios y los perjudicados en esta situación?

EL MARXISMO, SU HISTORIA EN DOCUMENTOS

Antología de textos de autores marxistas, recopilados por Festcher.

TOMO I. IDEOLOGIA. FILOSOFIA

150 pesetas

- Crítica de la religión.
- Antropología.
- Filosofía de la Historia.
- Cosmovisión.
- Teoría del conocimiento.
- Ética.

TOMO II. ECONOMIA

200 pesetas

- Teoría económica de los clásicos.
- Crítica de la economía política.
- Teoría del crecimiento de la economía capitalista.
- Intentos de interpretación y crítica de la economía marxista.
- Teoría del imperialismo.
- Las clases sociales.



Distribuciones ZYX, S. A.
Lérida, 80. Teléfono 279 71 99.
MADRID-20

potéticos márgenes de que gozan los más clarividentes es en el estudio de lo que califica de «Elementos de renovación». Allí están prácticamente cuantos, a menudo sin conocer el éxito de público, intentaban por entonces modificar el tono conservador y rutinario de la escena española. Copiaré el nombre de los autores incluidos en este apartado para que se vea lo que el tiempo ha ratificado o demolido: Unamuno (¡cuántas veces no se ha recurrido luego al testimonio de Díez Canedo para defender el teatro de don Miguel!); Valle-Inclán, Araquistain, Azaña, Azorín, Gómez de la Serna, Abril, Borrás, Gorbea, Jarnés, De la Torre, Masip, Alvarez, Ugarte, López Rubio, Ximénez de Sandoval, Sánchez de Neyra, Bravo, Casona, Alberti, Sánchez Mejías, Sainz de Robles y García Lorca. Lista quizá algo desorbitada por la generosidad de Díez Canedo, pero en la que figuran todos los nombres que pudiéramos considerar claves del mejor teatro español de la preguerra. Los artículos dedicados a «El mirlo blanco», de los Baroja; «El cántaro roto», que capitaneó Valle-Inclán; «El caracol», donde estrenó Azorín; «Fantasía», de la poetisa Pilar Valderrama; «La barraca», de Federico García Lorca, y al «Teatro impreso», de Max Aub—curioso destino el de este autor, fecundo en el papel y juzgado desde siempre como poco representable—, cierran el que estimo valioso material, tanto por los juicios de Díez Canedo como por la información de primera mano que contienen. Y por ser un testimonio preciso—¡cuánto peleó, por ejemplo, un Valle-Inclán en aquel mediodel teatro «marginado» de aquellos años.

Decididamente, son cuatro volúmenes que no deben faltar en las bibliotecas de los estudiosos del teatro español, venciendo la lejanía del editor y la mucho más grande que imponen las circunstancias históricas y políticas. ■ JOSE MONLEON.

En este último volumen de los artículos de Díez Canedo uno encuentra ciertas notas que parecen de nuestros días. La diferencia está en que hoy sabemos ya exactamente lo que encerraban aquella marginalidad y aquella volun-

tad de renovación. Quién respondió a lo que prometía y quién acabó en el silencio o en la dócil aceptación de las peores servidumbres. Del teatro marginal de nuestros días, en cambio, pese a los entusiasmos bien intencionados de un Wellwarth o a las negaciones sistemáticas de algunos sectores españoles, poco seguro puede decirse todavía. De ahí—al establecer el paralelo, al imaginar a un Díez Canedo en nuestros días—el valor de los trabajos que comentamos, de ejemplar solidez en su inmensa mayoría a la hora de detectar el censo real de los «marginados» teatrales de su tiempo.

De toda la obra poética—no demasiado abundante, pero sí, en cambio, extraordinariamente intensa—del italiano Eugenio Montale (Génova, 1896), tal vez sea su primer libro, «Ossi di seppia», el de un pesimismo más radical. A partir de «Le Occasioni», publicado catorce años más tarde, en 1939, el poeta parece entreabrir una puerta a la esperanza, y, prosiguiendo por ese camino, lleva a cabo, casi veinte años después de esa última fecha, en «La bufera e altro» (1956), un significativo intento de vencer su desesperación a través de un diálogo con los demás humanos (1).

«Huesos de sepia»

Cuando apareció «Ossi di seppia»—Montale

contaba entonces veintinueve años—otro poeta llamado Giuseppe Ungaretti había publicado ya: un par de libros revolucionarios dentro de la lírica italiana: «Il porto sepolto» (aparecido en 1916, en plena guerra) y «Allegria di naufragi» (1919). Ambos hombres, Ungaretti y Montale iban a convertirse en cabezas de fila de un grupo de poetas que pasarían a la historia de la literatura italiana con el nombre de «herméticos». Frente a la retórica arcaizante y fascistoide de un Gabriele d'Annunzio, Ungaretti y Montale abogaban por una poesía desnuda, atenta sólo a las esencias. Por ello, más apropiado que el término de «herméticos», alusivo al carácter abstruso, cerrado de los símbolos e imágenes empleados por esos poetas, sería el de «esencialistas».

Aunque unidos en un mismo esfuerzo antirretórico, el poeta de Alejandría y el de Génova siguen, sin embargo, caminos estilísticamente divergentes. Ungaretti tiende a una concisión expresiva casi telegráfica: a veces despacha un poema en un par de versos (recordemos, por ejemplo su famoso «M'illumino/d'immenso»; caracteriza a Montale, por el contrario, una especie de obsesión descriptiva que se fija en los mínimos detalles de las cosas. Decidido a llamar a cada objeto, a cada elemento de un «paisaje» (2), por su nombre, el autor de «Huesos de sepia» parece querer agotar el abundantísimo léxico de la lengua italiana. A veces nos ocurrirá tener que servirnos de un diccionario para averiguar el significado de este o aquel vocablo.

Cuenta el traductor en su breve prólogo a la edición española (3)

(2) En el caso de Montale, resulta obligado entrecomillar palabras como «paisaje» o «descripción». El paisaje es para él un pretexto, un punto de partida para su meditación poética, que es lo que realmente importa.

(3) Huesos de Sepia, Eugenio Montale. Traductor: Francisco Ferrer León. Colección Visor, de poesía. Alberto Corazón, editor.

una anécdota relativa a la aversión que siempre sintió Montale por los «grandes espectáculos de la Naturaleza», y, en efecto, al leer los poemas aquí reunidos, comprendemos perfectamente la verosimilitud de esa anécdota. A Montale no le interesa el bosque, sino los árboles, y más que los árboles, sus ramas, sus raíces, sus costras, sus nudos. En ningún momento se propone, por otro lado, Montale con su descriptivismo crear una «atmósfera»: la sensualidad falta totalmente de estas páginas; no es la suya, en absoluto, una poesía impresionista, sino, ya se ha dicho, «esencialista». Esos «paisajes»—esas desoladas marinas—son como radiografías del corazón amargo del poeta. Los diversos elementos que los integran no son, en realidad, más que signos en los que aquél lee su profundo «dolor de vivir» («male di vivere», lo llama él en su lengua italiana): A menudo he hallado el dolor de vivir: el arroyo estrangulado que borbolla, el enroscarse de la hoja/reseca, el caballo desplomado. Dolor que el poeta trata de sugerir mediante una cuidadosa elección de imágenes, que deben producir en nosotros una impresión punzante: guijarros, aristas, flechas, vidrios, riscos, grietas son palabras que aparecen una y otra vez en el texto. Frente a ese dolor que él encuentra en todas partes («la vida es cruel más que vana») la única solución es la indiferencia («divina indiferencia»), que no distingue entre la miel y el acibar.

En algunos momentos, sin embargo, la voz desolada de Montale se impregna de ternura: al rememorar, por ejemplo, su propia infancia junto al Mediterráneo, ese mar siempre presente en sus versos: «Estábamos en la edad virginal/en que las nubes no son cifras o siglas,/sino bellas hermanas que se ven viajar». Pero aquella edad inocente y feliz estaba ya amenazada desde su comienzo: «Pesadas nubes

(IPASA A LA PAG. 61)